

Francisco Serrano

EL CORAZÓN REVOLUCIONARIO DEL MUNDO

colección andanzas

PREMIO
TUSQUETS
EDITORES DE NOVELA



TUSQUETS
EDITORES

FRANCISCO SERRANO
EL CORAZÓN REVOLUCIONARIO
DEL MUNDO

El pasado septiembre de 2025, un jurado integrado por Antonio Orejudo, en calidad de presidente, Bárbara Blasco, Eva Cosculluela, Corina Oproae, ganadora de la anterior convocatoria, y Juan Cerezo, en representación de la editorial, otorgó por mayoría a esta obra de Francisco Serrano el XXI Premio Tusquets Editores de Novela.

Índice

1. Un minúsculo tramo de cielo nocturno..	11
2. Vuelve un espectro	23
3. Finas membranas de luz	29
4. Veinte años	49
5. Los alemanes.....	53
6. Allí quemaban hombres de mimbre.....	71
7. Desde el interior de un fuego.....	91
8. La guerra en Europa es inevitable.....	105
9. Un sentido de la utilidad	123
10. Un muerto en el caldero.....	137
11. Hacia dentro y hacia abajo.....	157
12. La profundidad de aguas desconocidas. . .	171
13. Corazón de pájaro aterrado	177
14. Todas las de perder.....	191
15. Enigma	195
16. Fantasmas que devoran fantasmas	199
17. La cosmonauta	209
18. Todo esto ya me ha sido mostrado	211
19. El mundo es un árbol.....	223

1

Un minúsculo tramo de cielo nocturno

Valeria Letelier conoció a Carlos Reseda a finales de 1970. Tenía diecinueve años y estaba alojada en un piso franco a las afueras de Londres, bajo la tutela de Joel Takahashi-Williams. Pertenecía, aunque la única prueba que tenía Valeria era la palabra de Joel, al Frente de Acción Revolucionaria, una organización que se extendía por toda Europa, el norte de África, Oriente Medio y que también tenía una importante presencia en Estados Unidos y Japón. Ella, sobre todo de madrugada, sospechaba estar habitando una fantasía, una quimera. El FAR no existe, pensaba, solo existe esta cama, este piso, esta calle, nada más.

Durante el día Joel le daba clases de historia, economía y filosofía política. Valeria se sentaba frente a la mesa de su despacho, con un cuaderno y un bolígrafo para tomar notas, y él peroraba durante dos o tres horas, saltando de un tema a otro pero sin perder jamás el hilo. Entre ellos la máquina de escribir por-

tátil, un teléfono de baquelita azul, innumerables papeles y libros de referencia apilados. Con frecuencia solo hablaba de la guerra. Como fuerza rectora, como entramado económico, como dilema político. Enumeraba las distintas maneras de guerrear a lo largo de la historia, de las escaramuzas paleolíticas a los misiles intercontinentales. Hablaba de la geometría de las batallas y de los movimientos de los ejércitos como intercambios de energía, fuerzas gravitatorias y magnéticas que se atraen y se repelen, analogías que Valeria entendía y no entendía, pero que entraban en ella y la traspasaban de parte a parte, por las entrañas, por las distintas hendiduras del cerebro, dejando una huella, un significado secreto. Aprendió más de poliorcética medieval de lo que es razonable saber.

Joel también la instruía en el manejo de explosivos y de armas, aunque no disponían de explosivos ni armas. Dibujaba en una pizarra clavada a la pared, anotaba los nombres de los distintos fabricantes, esbozaba las siluetas de modelos concretos, la munición, las piezas, cómo encajaban unas con otras, subfusiles, pistolas, rifles de francotirador. Tenía talento para el dibujo y se expresaba con claridad. Delineaba con tiza las formas de ollas a presión, de cartuchos de dinamita, de mecanismos de relojería. Trazaba los planos de edificios hipotéticos y le hacía preguntas al respecto. Dónde pondrías la bomba, Valeria, cómo entrarías, cómo saldrías, cómo te atrincherarías.

Después de comer, Joel cerraba la puerta del des-

pacho para trabajar en el manifiesto político que estaba escribiendo y mantener largas conversaciones telefónicas, por lo general en inglés o francés. Valeria aprovechaba para limpiar el piso y cocinar y cuando ya oscurecía se sentaba a leer. La sala de estar, además de chimenea y unos sillones muy cómodos, tenía las paredes cubiertas de libros, libros de aspecto serio, sólido, encuadernados en piel. Era una biblioteca heterogénea, en la que se alternaban libros de historia y filosofía política con textos sobre viejas religiones y cultos, esoterismo, alquimia, diccionarios de al menos una docena de idiomas, dos ediciones distintas de la Enciclopedia Británica, una de 1911 y otra de 1965, manuales sobre anatomía forense e investigación criminal que parecían robados de una academia de policía, unas cuantas novelas de Graham Greene y Joseph Conrad y libritos baratos de misterio escritos por autores desconocidos para ella. Estos últimos eran sus favoritos, pero Valeria intentaba leerlo todo, alumbrada con una lámpara potente y por el fuego de la chimenea, mientras escuchaba la voz de Joel o el tecleo de la máquina de escribir a través de la pared, ininteligibles como un rumor de bosque. Seguía con los ojos el surco que deja un proyectil al recorrer un cuerpo humano o las múltiples maneras en las que puede caer un cadáver al suelo, a veces fulminado como por un rayo, a veces solo como si se echara a dormir. Le causaba especial fascinación un libro que no podía leer, una historia de la carrera espacial soviética escrita en

cirílico, con Valentina Tereshkova en atavío de cosmonauta en la portada, lleno de fotografías de satélites y cohetes y diagramas, fichas técnicas de un hermetismo similar al de los tratados esotéricos y alquímicos.

Otras tardes, aunque no era frecuente, Joel abandonaba el piso y no volvía hasta la madrugada. Nunca daba explicaciones al respecto. Asuntos del FAR, decía, asuntos del FAR. Valeria solo dejaba el piso para hacer la compra semanal, lo que le daba una oportunidad de practicar el inglés que le enseñaba Joel, pulir su peculiar mezcla de acento francés y estadounidense. En realidad ni siquiera podía estar segura de que aquello fuera Londres, las calles tenían al mismo tiempo el aspecto de un pueblo al borde de la naturaleza salvaje y de una barriada industrial, no era la imagen que ella tenía de la ciudad. Londres no existe, pensaba mientras se hundía en la cama y en las tinieblas, solo existe esta carne, este hueso, nada más. Antes de acostarse Joel fumaba en la ventana de la habitación, sin corbata y en mangas de camisa, las sienes canas encendidas de luz de luna y farolas, vigilando la calle. A la espera de un escuadrón de la muerte que nunca llegaba. Dormían juntos y hacían el amor como dos desconocidos.

Carlos Reseda se presentó en el piso una tarde lluviosa. Era un joven de pelo largo y patillas, ataviado con pantalones vaqueros, chaqueta de ante muy gastada y

unas botas cubanas que le añadían algunos centímetros de estatura. Al hombro llevaba una bolsa de deporte y Valeria pensó que iba a instalarse con ellos. Joel no le había dicho que fueran a recibir visita. Los hombres se estrecharon la mano en la entrada. El visitante sonriendo y el anfitrión con un leve gesto de desconfianza. Reseda parecía un drogadicto o un exconvicto, aunque hablaba inglés con impecable acento académico, y Joel, trajeado y mucho más alto, parecía un profesor universitario o un general en la reserva. Valeria los contempló en silencio desde la puerta de la cocina. Alguien podría tomarlos incluso por familiares, por tío y sobrino. Reseda tenía unos veintipocos años y Joel más de cuarenta.

¿Quieres un té?, dijo Joel, ¿un café?

Café, dijo Reseda.

Joel se volvió hacia ella.

¿Puedes hacer café, por favor?

Ella asintió con lentitud y entró en la cocina. Los escuchó conversar. Reseda tenía aspecto mediterráneo, latinoamericano quizá, pero Valeria no lograba ubicarlo por ese acento pijo, excesivamente formal. Preparó la cafetera y un cazo de leche, los puso al fuego y sacó del armario una bandeja, cucharillas, tazas, el azucarero. Sentía curiosidad, pero prefirió esperar allí a que el café estuviera listo, por si Joel encontraba otra excusa para devolverla a la cocina o enviarla a limpiar el baño. Además, solo podía tratarse de un asunto del FAR, por lo tanto no era más real que un sueño, no

todavía. Era mucho más real la lluvia en la ventana de la cocina y el parque asilvestrado y lleno de basura que se veía por ella. Escuchó cerrarse la puerta del despacho y pensó que no volverían a salir en horas, como cuando Joel se encerraba a trabajar en su manifiesto, pero Reseda apareció en la cocina, sin la bolsa de deporte, y se apoyó en la encimera, todavía sonriendo.

Sé tu nombre, dijo.

Ah, ¿sí?

Judith Lavernhe.

No me llamo así.

En realidad no sé cómo te llamas hoy, pero sé cómo te llamarás en el futuro. Te he conseguido los documentos.

Ah, dijo Valeria. Judith Lavernhe, vale. Me gusta.

A mí puedes llamarme Charlie. Aquí todo el mundo me llama así.

¿Aquí dónde?

Reseda dejó de sonreír.

¿Qué quieres decir?, dijo.

¿En esta cocina? ¿En esta ciudad? ¿Dónde?

Bueno, sí, por aquí, en esta ciudad, en este país.

Necesito que me digas si Londres es real.

¿Qué?

¿Es Londres real? ¿Londres existe? ¿Has estado en Londres y has visto sus calles y sus edificios y a sus habitantes? ¿O solo has visto fotos e imágenes en la televisión, como yo?

¿Te estás burlando de mí?

A lo mejor.

He estado en Londres y es real.

Valeria se encogió de hombros.

Todavía no sé si eres una fuente fiable, dijo, ¿cómo tomas el café?

Solo y con azúcar.

La cafetera ya estaba lista. Valeria la apartó del fuego y llenó una taza hasta el borde. Echó la leche caliente del cazo en una jarrita de porcelana.

Acompáñame al salón, le dijo.

Prefiero quedarme aquí.

Como quieras.

Reseda puso varias cucharadas de azúcar en la taza.

¿Quieres ver mi pasaporte?, dijo.

Lo sacó del bolsillo interior de la chaqueta y lo deslizó por la encimera. Valeria lo examinó con ojo crítico, recordando las lecciones sobre falsificación de documentos de Joel. En la fotografía Reseda llevaba el pelo corto, camisa blanca y corbata oscura y figuraba con el nombre de Gabriel Aguirre Taco, ciudadano nicaragüense. Le pareció más guapo que con el pelo largo y las patillas.

¿Carlos Reseda es tu verdadero nombre?, dijo devolviéndole el pasaporte.

Quién se acuerda ya.

La puerta del despacho se abrió con un chirrido. Joel pidió el café. Valeria puso las cosas en la bandeja, asegurándose de llevar una taza también para ella.

Yo me llamo Valeria, le dijo en un susurro.

Reseda sonrió de nuevo y ella pensó que esa sonrisa era digna de al menos un colmillo de oro.

No pertenece al Frente, dijo Joel mientras cenaban más tarde en la mesita de la cocina, no pertenece a ninguna organización, que yo sepa. Nos conocimos en Jordania, hace unos años, en un campo de entrenamiento militar para jóvenes revolucionarios. Viene de Rusia, me dijeron. En el campo se enseñaban los fundamentos de la guerrilla, del sabotaje, de la insurgencia tras las líneas enemigas. Los instructores eran en su mayoría alemanes de la RDA, aunque también había algunos rusos. Los jóvenes provenían de países africanos y latinoamericanos, excepto por un par de españoles que parecían perdidos, desorientados, como si les hubieran dado un golpe en la cabeza. Después descubrí que eran hijos de exiliados y que jamás habían estado en España. Venían de México.

Exiliados, dijo Valeria, como mis padres.

Joel se quedó pensativo un momento. Cortó un trozo de zanahoria cocida con el tenedor y se lo llevó a la boca. Valeria esperó, bebió un sorbo de agua, masticó las verduras de su plato.

Tiene potencial, me dijeron. Yo estaba allí para asesorar a los responsables del campo sobre ciertos aspectos logísticos y para dar un curso exprés sobre contraespionaje a los reclutas. Así los llamaban, aun-

que no quedaba nada claro para qué los reclutaban. Para que salieran al mundo a causar problemas, quizá, que me parece más que suficiente. Es listo como un diablo, me dijeron, ese Reseda. Ya se hacía llamar así por aquel entonces. No le presté mucha atención, estaba mucho más interesado en los jóvenes africanos. África ha de ser el corazón revolucionario del mundo, eso es lo que opino. África ha de marchar sobre Europa y Estados Unidos y ajustar cuentas definitivamente.

Dejó los cubiertos en el plato y se echó hacia atrás en la silla. Se aflojó el nudo de la corbata, se subió los puños de la camisa. Valeria esperó a que la moneda cayera de un lado u otro, a que Joel siguiera hablando de sus visiones panafricanistas o de Carlos Reseda.

El campo de entrenamiento estaba cerca del Uadi Rum, dijo por fin. Un día salí en jeep a visitarlo. Viajé más de dos horas por el desierto y llegué a un valle rojo y profundo, lleno de arena y agujas de piedra. Por el camino vi camellos salvajes y campamentos de beduinos. Recorrí desfiladeros y cañones en busca de petroglifos e inscripciones nabateas. Al caer la tarde monté un pequeño campamento junto al coche. Las estrellas salían y comenzaba a hacer frío cuando vi la silueta de un hombre aparecer tras unas rocas, subir a una duna y recortarse contra el horizonte. Miraba en mi dirección. Sin hacer gestos bruscos solté el botón de la funda de la pistola y permanecí sentado en la arena, con la espalda apoyada en la puerta del jeep,

iluminado por el hornillo de gas que utilizaba para cocinar. La silueta avanzó hacia mí. Era Carlos Reseda, con su uniforme de recluta astroso y lleno de polvo, la cabeza rapada protegida por un turbante improvisado. Hola, jefe, dijo. Le invité a sentarse y le pregunté qué hacía allí. Reseda bebió de una cantimplora y estuvo moviendo el agua en la boca unos instantes antes de responder. He salido a dar una vuelta, dijo. ¿Andando?, dije de broma. No, he cogido prestada una motocicleta, tengo que devolverla antes del amanecer o me meteré en un lío. Me pareció una locura que viajara de noche y se lo dije. Reseda se encogió de hombros. Conozco el camino, dijo. ¿Dónde está la moto? Por allí, por allí, dijo de manera vaga.

Hablábamos en inglés y yo no lograba identificar su acento. Eso me inquietaba, pero los instructores rusos ponían la mano en el fuego por él, lo que puede que solo signifique que tiene contactos con el KGB, a saber cómo de íntimos. Es un prodigio, me dijeron, es un superdotado. Pero puede que de todos modos eso tampoco signifique nada, los enamoramientos, las fascinaciones, a veces ocurren incluso en entornos tan cínicos como los nuestros. Especialmente en entornos como los nuestros, de hecho. Quizá solo signifique que Boris e Iván miraban al joven Reseda y se veían o querían verse a ellos mismos, las personas que querrían haber sido, con independencia de lo que el muchacho fuera en realidad. Yo no le vi el prodigio por ninguna parte. Me contó sus planes

de instalarse en Europa, en Suiza o Inglaterra, y comenzar a trabajar. A trabajar en qué, pregunté haciéndome el tonto. Él sonrió y volvió a encogerse de hombros. Al final le expliqué una manera de ponerse en contacto conmigo, nunca se sabe. Ya era noche cerrada cuando se marchó. Luego escuché un motor y vi la luz de un faro moverse por el desierto. Se va a matar, pensé, se va a estampar contra una roca.

¿Quiere entrar en el FAR?

Quiere trabajo, dijo Joel, quiere dinero.

La bolsa de viaje contenía armas. Dos pequeñas pistolas Astra del calibre veinticinco, una pistola ametralladora de nueve milímetros, copia china de la Mauser C96, dos revólveres Smith & Wesson, dos granadas F-1 y varias cajas de munición.

Joel las había dispuesto en la mesa del estudio como si fuera el mostrador de una armería. A Valeria le parecieron objetos de tiza en pleno proceso de emborrnarse y desaparecer. Podía nombrar todas sus piezas pero no se atrevió a tocarlas. Sintió vértigo y excitación, algo no muy distinto a la primera vez que se quedó a solas con Joel en la habitación de un hotel en Biarritz. También llovía y la playa estaba oculta por la niebla. Él habló de su manifiesto y del Frente de Acción Revolucionaria. Habló de células y redes clandestinas, de servicios postales secretos, de una hermandad que se extendía de país en país ignorando las

fronteras convencionales. Algo se está gestando, decía, algo va a suceder, una descarga eléctrica recorre el sistema nervioso del mundo. Ella sentada al borde de la cama, él caminando de un lado a otro por la habitación. Valeria no había cumplido dieciocho años todavía. Notaba la cabeza llena de algodón y el estómago del revés, como una cosmonauta entrando en la atmósfera de un planeta desconocido, a punto de envolverse en fuego y alumbrar un minúsculo tramo de cielo nocturno. Joel se quitó la chaqueta, después la corbata. Se subió los puños de la camisa, mirándola a los ojos. La luz que entraba por la ventana era gris y escasa y amenazaba con disolverlos a ambos en una bruma fría.